

"El Corresponsal de Paris."

(Hoja autógrafa) dedicada a la prensa ultramarina y americana)
(semanal)

Redaccion y Administr^{on}: 5, rue Lamartine, 5. - Paris.

Carta de Paris.

(Num^o: specimen)

8 de Enero de 1888.

Sumario: El año nuevo. El conflicto europeo. La triple alianza. Los italianos en Africa. Francia; su situacion interior. Elecciones senatoriales. Division de los republicanos. Aniversario de Gambetta. — Jubileo del papa. Corolario.

Traido por violentas tempestades de nieve y agua que han llevado de consternacion algunas regiones del mediodia de España y han perturbado grandemente casi toda la costa del Mediterraneo. Desde el estrecho de Gibraltar al golfo de Génova, es asi como se nos ha entrado bruscamente por la casa - como suele decirse - el año de 1888.

Ante el espectáculo que ofrece a la imaginacion el aspecto de ese año decrepito que se va, llevándose consigo - quien sabe si p^a renovarlos más tarde con creces - todos los temores de una conflagracion general que hasta el momento de su desaparicion nos han acosado, y la figura nada sonriente ni nada simpatética del año que le subsigue, en realidad el ánimo se siente en suspenso como si, presa de un intuitivo presentimiento, no se atreviese a escudriñar con mirada lo que el porvenir tiene reservado al nuevo ciclo en que acabamos de entrar, al igual que si, teniendo enfrente un foco luminoso de extraordinaria potencia, tuviéramos aprension de dirigir hacia él osados nuestros ojos por temor a una inevitable ceguera.

Con efecto: no hay más que enderezar nuestro pensamiento por el lado de ese año que se va, para adivinar ó prever los peligros inmensos que está sembrado todo el camino de la nueva etapa que nos toca recorrer en 1888. Ciertó que los más pesimistas agoreros anunciaban ya para los comienzos del invierno el comienzo también de ese general estallido; y que así como los últimos días del año que acaba de pasar se distinguieron por los lamentos rumores que de todas partes venian y que en todas partes circulaban como sintoma de un estado de cosas por demás violento, en cambio los primeros días del nuevo año han devuelto la calma y la tranquilidad a todos los espíritus, señalando en lontananza como la aparicion de un arco iris en señal de paz y de concordia....; pero confesamos que nuestro optimismo no llega hasta el punto de creer ingenuamente en la bondad y eficacia de todos estos últimos sintomas y señales.

El conflicto austro-ruso no ha tenido aun una solucion en

sentido belicoso, por la sencilla razón - (esta es nuestra opinión modesta) de que ninguna de las potencias encargadas de iniciar la lucha - Rusia comprendida - se halla suficientemente preparada para entablarla. Así se explica que el emperador Alejandro, que no desea otra cosa que medir sus armas con Alemania para humillar su soberbia y arrebatársela esa aureola militar con que viene deslumbrando a Europa desde la campaña de 1870, se mantenga en una reserva poco menos que absoluta, cuando por medios más o menos directos Alemania y Austria tratan de inquirir su pensamiento concreto, a propósito de los últimos armamentos y, sobre todo, a propósito de la cuestión búlgara, que al fin y a la postre será el pretexto que más o menos tarde encontrarán esas potencias para justificar la ruptura. - El ogro del Norte, sin embargo, si no despega apenas los labios para no incurrir en una indiscreción de la que fácilmente se aprovecharían sus adversarios en el sentido de hacer recaer sobre Rusia, mañana, toda la responsabilidad del conflicto, trabaja con una actividad asombrosa erizando sus fronteras de Polonia de bayonetas y cañones, fortificando a toda prisa sus principales plazas de guerra y acumulando toda clase de pertrechos en los puntos de su línea del Sud que pudieran ser atacados; preparándose, en una palabra, para una campaña verdaderamente formal y decisiva.

Por su parte, ni Alemania ni Austria se descuidan. - En cuanto a la primera, no hay para que decir que hace ya mucho tiempo que sus preparativos están comenzados. Potencia exclusivamente militar, surgida de improviso a consecuencia del inmenso descalabro de los franceses, ni un solo día, después de la victoria, ha dejado de comprender que si grande habría sido su triunfo, no tardaría en sonar para Francia la hora de la revancha, y en este caso toda imprevisión y todo descuido por parte del imperio podrían ocasionarle en la futura lucha, más que una derrota material más o menos considerable, su aniquilamiento completo, por no decir su desaparición del mapa de Europa. Con todo, Alemania ha previsto que en el colosal combate de mañana, Francia probablemente irá bien acompañada, sobre ir de suyo bien pertrechada y bien armada, y es así como, considerando realmente que todo descuido en este sentido sería o podría ser para Alemania de fatales consecuencias, no solamente ha ido preparando poco a poco sus fuerzas en el interior, sino que, en el terreno diplomático, no ha parado hasta conseguir el acuerdo de una triple alianza con Austria e Italia a fin de tener en esas potencias un apoyo tan luego como la lucha se haya empeñado.

¿Es ciertamente esa alianza bastante fuerte para resistir con ventaja el empuje de los ejércitos reunidos de Rusia y Francia, mañana que el combate se haya hecho general y la conflagración haya dado su principal estallido? Difícil es ^{contestar} preguntar a la pregunta, que solo podría satisfacer a conciencia quien tuviera ante la vista los datos precisos y absolutamente matemáticos. Con todo, para poder verificar siquiera un cálculo de probabilidades, nos bastaría dirigir una ojeada general a los contingentes que cada una de las potencias puede reunir en un momento dado, y haciendo luego una

comparacion de ejército a ejército y hasta de soldado a soldado, es posible que pudiéramos deducir de qué lado, en igualdad relativa de circunstancias, puede rigurosamente inclinarse el éxito de la futura contienda.

Que Austria no las tiene todas consigo, precisamente a causa de las esquivaces y de la extraña reserva en que se mantiene el crax, cuantas noticias nos vienen del lado de Viena nos lo están probando. El canciller conde de Kaluoky no deja pasar un día sin tener una conferencia con el embajador de Rusia, y uno y otro, como si trataran de cumplir una consigna, no hacen otra cosa que darse toda clase de explicaciones pacíficas, engañando con ello a sabiendo, la Europa, que no puede comprender la significacion y alcance de ese lenguaje mientras por la parte de Polonia y por la frontera de Galitzia Rusia y Austria continúan respectivamente la concentracion de sus ejércitos. — Por lo que respecta a Italia, difícil es prever hasta donde y cómo podrá en caso de guerra europea secundar la accion de sus co-aliadas a tenor de los compromisos que con ellas tiene solemnemente contraidos. Su malhadada expedicion a Massauah, que llevó a cabo por las maquiavélicas instigaciones de Inglaterra y por su envidia a la preponderancia colonial de Francia, está dándole todos los días los resultados más deplorables. Las últimas noticias llegadas de Abysinia nos revelan el estado de excitacion de todo el país contra el ejército italiano, y todo hace prever que éste está en víspera de sufrir un descalabro que seguramente le obligará a una retirada semejante a la que tuvieron que realizar los ingleses despues de su desastre de Kartoum, en el Soudan. Los italianos — hay que confesarlo — al dirigir su expedicion por aquella parte, creyeron encontrarse con el camino poco menos que expedito y con que los enemigos que le saldrían al paso serían unas cuantas docenas de salvajes mal armados, cuya dominacion era la cosa más sencilla del mundo y, sobre todo, completamente segura. La decepcion y, por tanto, la leccion ha sido y promete ser todavía por todo extremo dura. Por de pronto, se han encontrado con un país calurosísimo y mal sano que diezma el ejército de una manera alarumante y en mayores proporciones cada día; el país carece de medios de alimentacion y de transporte, y hasta el agua tienen que proporcionársela los italianos por medio de barcos-cisternas que el gobierno expide de cuando en cuando a Massauah — único punto de refugio seguro que tiene el ejército — para que no se mueran de sed los pobres soldados; y esas cuantas docenas de salvajes mal equipados, a quienes el gobierno italiano consideraba tan fáciles de dejarse reducir se han convertido de súbito en un contingente formidable de tropas bien instruidas y armadas completamente a la europea al mando de jefes resueltos y aguerridos, los cuales, a la hora en que escribimos estas líneas, están preparándose para dirigir contra los italianos una vigorosa campaña de exterminio cuyo resultado pudiera ser a éstos fatal como lo fue la campaña del Soudan a los ingleses.

Toda esta acumulacion de circunstancias y, sobre todo, lo

que hemos indicado al principio de esta correspondencia, de no hallarse en realidad preparada ninguna de las grandes potencias para provocar seriamente la ruptura de hostilidades, hace que podamos vivir todavía por espacio de algunos meses sin que venga a inquietar nuestro sueño pacífico el fantasma de la guerra. El lenguaje de toda la prensa de Europa, sin embargo, no da lugar a grandes confianzas, sobre este punto, y los principales periódicos están contestes en que ese equívoco permanente en que vivimos como encima de un volcán, no puede en realidad prolongarse impunemente ni por mucho tiempo. El peligro, pues, de una próxima, de una muy próxima guerra está en todas las conciencias. Et el aludía lord Salisbury, cuando decía no ha muchos días:

"Es imposible que esos vastos armamentos que, lejos de disminuir, acrecen cada día, continúen mirándose mutuamente sin recelo y sin arrojar la inquietud en el mundo. Ante esas nubes amezoradas que se acercan más todos los días cargadas de la electricidad de la guerra; ¿quién puede prever que el trueno no estallará en la hora menor pensada? Los gobiernos de Europa quisieran mantener la paz; pero hay ciertas corrientes populares a que no pueden resistir las naciones, y a nadie es dable predecir de qué lado ellas impulsarán a los hombres que se jactan de domarlas cuando en realidad solo son sus instrumentos."

Cierto que, por su parte, decía no ha mucho entre nosotros Mr. Gladstone, al dirigirse a Italia, el país del sol: "La hora de la guerra no ha sonado aún; hace demasiado frío..." Pero es el frío, es el hambre que hace salir a los lobos de sus madrigueras; y sabido es que hay pueblos que se baten por el frío y para quienes la nieve es un verdadero aliado.

* * *

Por lo demás, triste es tener que consignar que si hay negras nubes en el horizonte de Europa que presagian una deshecha borrasca para un plazo más o menos corto, la atmósfera que aquí en Francia nos rodea es de tal naturaleza, que si pronto no surge la mano vigorosa e inteligente que sepa encauzar y dirigir las actuales corrientes, prevenimos para un plazo no muy largo graves perturbaciones en el interior, bajo el punto de vista político.

¡Y qué lástima, qué grande lástima que sobreviniera un conflicto de carácter intestino que sumiera al gran partido republicano en los peligros de una disolución, después que tan recientemente acaba de dar al mundo el magnífico espectáculo de la renovación pacífica de sus poderes, y precisamente en vísperas del centenario de la gran revolución, que hizo de Francia la redentora de la humanidad y de los republicanos franceses los primeros héroes del mundo! Pero el temor que nos acosa es legítimo. Desde la elección del nuevo presidente Mr. Carnot, los síntomas de división, momentáneamente desaparecidos, volvieron a presentarse, y se manifestaron desde luego con una recrudescencia de lenguaje en la prensa, dando a comprender que las relaciones entre los diferentes grupos

del partido republicano se hallaban completamente rotos. Los radicales, a quienes debe seguramente en eleccion M. Carnot, no han ocultado a este el profundo disgusto con que le han visto poco menos que echarse en brazos del grupo oportunista que dirige M. Ferry, y ya dicen a voz en grito que se arrepienten, y que se han equivocado. Los oportunistas, contentos como pueden a las diatribas de los radicales; pero no extreman tanto su lenguaje, contentándose con que sea una verdad la influencia que ejercen cerca del nuevo presidente y con dominar todos los puntos de la administracion desde el seno del ministerio.

Las consecuencias de esa division cada dia más latente y de más imposible arreglo entre los republicanos de diferentes matices, se han tocado ya muy recientemente; y aunque el revés sufrido es relativamente de escasa importancia material, no deja de representar un sintoma que más tarde, en circunstancias más decisivas, pudiera convertirse en comienzo de un verdadero descalabro. Nos referimos a las elecciones que tuvieron lugar el dia 5 para verificar la renovacion trienal de la alta Cámara. En esta ultima eleccion, los republicanos han perdido dos senadores. En realidad, la desventaja es poca; pero ¿no significa por si sola un principio de descomposicion o, cuando menos, de perturbacion en el partido republicano?

Como es natural, la prensa monárquica de estos dias viene batiendo palmas de júbilo a consecuencia de esa pequeña ventaja que acaba de obtener en el Senado; y extremando los argumentos de una manera deplorable - pero deplorable, aunque ilógica, para los republicanos - atribuyen ese insignificante triunfo, nacido solamente de la discordia de estos ultimos, a una manifestacion de protesta que ha hecho una parte del pais contra el régimen democrático por que Francia se rige actualmente. Esto es sencillamente absurdo; y hay que convenir en que si realmente el pais quisiera protestar contra las instituciones republicanas por los motivos que indican los periódicos monárquicos, jamás habria podido escoger peor ocasion que la presente. Sin necesidad de hacer historia - sobre todo cuando esa historia es de cuatro dias y por todo el mundo conocida - no hay más que recordar los motivos por los cuales tuvo lugar recientemente la caída de M. Grévy y los títulos en cuya virtud fue llamado M. Carnot a la presidencia. El primero se retiró, poco menos que avergonzado ante la explosion de honrada protesta con que le abrumó el Parlamento en pleno, en vista de sus debilidades presidenciales, por no decir de su proteccion decidida en favor de su yerno M. Wilson, el autor de los escandalosos agiotajes oficiales que tan tristemente célebre le han hecho en estos ultimos tiempos. El segundo, obtuvo el voto casi unánime de los republicanos, más que por sus cualidades de inteligencia (sin que queramos decir con esto que sea un rote), por las circunstancias de honradez y probidad que le adornan y de que en el mismo asunto de los tráficos de M. Wilson, cuando éste era todavia una potencia oficial, habia dado enérgicas y relevantes pruebas.

No: el país no ha protestado en manera alguna contra las instituciones republicanas, que - digase lo que se quiera - tienen en Francia profundísimas raíces. En todo caso lo que ha hecho ha sido advertir a los republicanos que en su división está el germen de un verdadero peligro para la prosperidad de esas mismas instituciones.

¿Se argumentarán en cabera propia los hombres que en este país dirigen la opinión democrática? Precisamente estos días últimos, al dirigir un recuerdo cariñoso al gran patriota que sucumbió en lo mejor de su obra, al gran Gambetta, el aniversario de cuya muerte se celebra en toda Francia, y especialmente en este París, como un verdadero culto, los republicanos franceses, hoy tan divididos, debieron acordarse de cuan inmenso era el espíritu de conciliación que presidía los actos todos de aquel modelo de buenos republicanos, y han debido sentirse en cierto modo avergonzados al ver que, mientras aquél en vida no hacía absolutamente nada que no lo dedicara patrióticamente al engrandecimiento de la Francia republicana y, por tanto, a la unión y a la concordia de la gran familia republicana, muerto ya, sus antiguos discípulos reniegan de su obra, o la maltratan con sus hechos, convirtiendo el ayer grande partido en campo de Agramante y preparando a la patria ensangrentada todavía, más bien para una restauración - (por lo demás, imposible) que para una revancha.

* * *

Entre tanto, allí está Roma desplegando estos días sus magnificencias, para la celebración del jubileo de Leon XIII. No hay que negar - pues no puede negarse la evidencia - que el papa ha obtenido, de momento, lo que deseaba con la realización de esa espléndida fiesta, la cual ha sobrepujado en aparato, lujo y riqueza al jubileo que celebró Pío IX en sus últimos tiempos de pontificado.

Ha sido en realidad una manifestación papal, o papista - como quiera llamarla - en toda la extensión de la palabra. Los peregrinos han llegado a Roma por centenares de miles, de todos los puntos del globo. El catolicismo ha reunido bajo la cúpula monumental de San Pedro a casi todos los potentados eclesiásticos y civiles que militan en sus filas. Los regalos que han llovido como por encanto de todas las partes del mundo, con destino al papa y p^a figurar en la exposición del Vaticano, representan muchos centenares de millones; y es realmente soberbio el conjunto de preciosidades que se ha reunido en esa manifestación de simpatías a la personalidad de Leon XIII. El mismo sultán se ha creído en el deber de regalar al jefe de la iglesia católica una riquísima sortija, que este no se desdenó en colocar sobre su anular el día de la gran misa pontifical. A todo esto hay que añadir, para completar el cuadro, que el pobre prisionero del Vaticano - como todavía califican al papa no pocos fanáticos - ha gozado de la más completa libertad en el ejercicio de sus funciones, y que los muchos centenares de miles de peregrinos han visto como nunca garantida su seguridad y garantido el orden, que nadie ni nada ha venido a turbar durante las fiestas gracias al celo, a la tolerancia y al exquisito buen cuidado del gobierno italiano.

Tenemos necesidad de añadir a las precedentes líneas el corolario que surge naturalmente de la penetración de cualquiera? De desucrito a Leon XIII, ¡qué inmensa distancia recorrida!

Arturo Vinardell Roig.

El Administrador F. Castelli